

gaban noticias de Montoro confirmando el resultado de la batalla, y la de que el Marqués de Novaliches tomaba el ferrocarril para volver á la capital. En tan crítica situacion, creyó necesario el general Concha informar á la Corte de cuanto pasaba, y disponer que el ejército de Andalucía se retirase sobre Madrid; pero esta retirada significaba el abandono y la sublevacion de media España, y no queriendo cargar él solo con la responsabilidad de una disposicion tan grave, llamó inmediatamente á Consejo de guerra á todos los generales con mando en Madrid. A las tres de la madrugada se reunieron con el Ministro de la Guerra el Capitan general Marqués del Duero, general en jefe del ejército de Castilla la Nueva, D. Francisco Mata y Alós, capitan general de Madrid, y los directores generales de las armas é institutos del ejército D. Eduardo Fernandez Sanroman, D. Manuel Lassala, el Conde de Puñonrostro, D. José Campuzano, D. Juan Zapatero y el Conde de la Cañada; concurriendo tambien el Gobernador civil de la provincia por el conocimiento que tenia del estado de la poblacion.

El presidente del Consejo de Ministros expuso á la reunion los partes y noticias recibidos; presentó la situacion tal como aparecia en aquellos momentos, sin ocultar el grave peligro que ofrecia la inevitable retirada del ejército de Andalucía, ni la indicacion que se le habia hecho desde San Sebastian, y concluyó diciendo que queria consultar la opinion de los generales allí reunidos sobre lo que debia y podia hacerse aun en defensa de la Reina.

“Ni uno solo de los generales presentó una consideracion que ofreciera la esperanza de que no se perdiera la causa que defendian (dice el Marqués de la Habana), siendo general la creencia de que se necesitaria llegar á una transaccion con los que se habian puesto al frente del alzamiento, y evitar así á la capital los conflictos que amenazaban... Los que más se detuvieron á examinar la cuestion bajo los dos puntos político y militar, creyeron que ante la indiferencia con que la nacion miraba la suerte de la dinastía reinante allí donde no se mostraba hostil y alzada en armas, no debia fiarse más que en el ejército para contener la revolucion, sin esperanza empero fundada de sacar á salvo el trono de la Reina, amenazado por una escuadra numerosa é invulnerable, y por una parte del mismo ejército, tan considerable y tan bien organizada como la que acababa de rechazar las brillantes tropas del Marqués de Novaliches.”

No creyendo posible salvar á la Reina, mayormente desde el punto en que esta habia pensado en marcharse á Francia con toda la familia real, los generales opina-

ban que la mision del ejército se hallaba reducida á mantener el orden ; y para conseguirlo, eran de parecer algunos que se aconsejase á S. M. que mandase suspender las hostilidades, á fin de transigir con los sublevados de Cádiz, y se hiciese saber al general Serrano que se contaba con él para coadyuvar á la defensa de la sociedad y de la monarquía, manifestando estas intenciones al pueblo de Madrid, por cuyo medio acaso se conseguiria hacer paralizar un movimiento que de un instante á otro podia extenderse á toda la Península y causar grandes males á la patria.

Oida la opinion de todos los generales, el presidente del Consejo manifestó: "que consideraba, como todos, perdida la causa de la Reina, aunque se hicieran los mayores sacrificios; pero que, aun previendo que los sucesos podrian precipitarse, tenia él un deber de honor que cumplir, no abandonando la causa que se le habia encargado defender, y no podia por su parte autorizar, siendo ministro de la Reina, un acuerdo con los generales que habian proclamado su destitucion; que, sin embargo, como era posible que este acuerdo se hiciera necesario para evitar mayores conflictos, se resolvia á marchar á San Sebastian, para exponer á S. M. el estado del país y hacer dimision: por último, añadió que tenia que mirar por la suerte del ejército de Andalucía, y que después de enterarse de su estado, iba á dar las órdenes necesarias para que se replegase sobre Madrid.,"

El Marqués del Duero, en vista de la resolucion de su hermano el presidente del Consejo, apuntó la idea de que se aconsejase á la Reina, que llamara al general Serrano ó al Duque de la Victoria, único medio, en su concepto, de evitar que se desbordara la revolucion.

Serian las seis de la mañana cuando terminó el Consejo de generales. El Marqués de la Habana se puso inmediatamente en comunicacion telegráfica con el general Sandoval, cuyas contestaciones acabaron de decidirle á dar las órdenes para la retirada del ejército, y á partir para San Sebastian en cuanto llegase á Madrid el Marqués de Novaliches. Nada de esto se realizó, sin embargo; porque vino á impedirlo la revolucion que estalló al mediodia en la capital.

Casi al mismo tiempo que el Gobierno, recibió la Junta revolucionaria central copia del telegrama del general Paredes, que anunciaba el resultado de la batalla de Alcolea ; y desde las primeras horas de la mañana del 29 comenzó á circular rápidamente por Madrid un suplemento extraordinario al *Boletín de la Revolucion*, dando al público la noticia de aquel suceso. Cuando el general Concha, en compañía del ministro de Marina y del Gobernador civil, quiso dirigirse á la estacion del Norte

para tomar el tren que tenia pedido, ya la poblacion estaba vivamente agitada, y recorrian las calles numerosos grupos con banderas. A las doce y media del dia telegrafió á los capitanes generales diciéndoles, que la situacion era insostenible, habiendo sido rechazado el ejército de Andalucía; que marchaba á San Sebastian para presentar su dimision, y que cada cual obrase como lo creyera conveniente, atendiendo al estado general de la nacion y al particular de sus respectivos distritos. En seguida se dirigió á la estacion, donde supo que el ferrocarril estaba interceptado en el Escorial por paisanos armados, que habian salido de Madrid aquella madrugada; y al poco tiempo vió que acudian ya gentes en ademan hostil, por lo cual tuvo que retirarse al inmediato cuartel de la Montaña, ocultándose por último en el barrio de Argüelles.

El capitán general Marqués del Duero habia quedado en su puesto, sin otra mision que la de evitar cualquier conflicto: á este fin publicó aquella mañana una prudente alocucion, diciendo á los madrileños que esperasen con calma los sucesos que se desenvolvian en la Península, y coadyuvaran con las tropas al mantenimiento del orden, para facilitar con su actitud firme y digna la solucion más conveniente á la patria y á los intereses de todos. Pero, á las once de la mañana, viendo como crecia la agitacion en el pueblo, el Marqués del Duero se dirigió á los señores D. Joaquin Jovellar y D. Pascual Madoz, declarándoles que reconocia la imposibilidad de sostener un minuto más el antiguo orden de cosas, y resignando en ellos el gobierno de Madrid.

Los señores Madoz y Jovellar recogieron desde luego el legado que el señor Concha les dejaba, y procuraron ante todo tranquilizar al excitado pueblo, como lo hacia tambien don Telesforo Montejo, que prestó aquel dia importantes servicios á la causa del orden, apoderándose de los primeros grupos armados para guardar el edificio del Banco de España y otros establecimientos importantes, y arrojando á la multitud desenfrenada un retrato de Doña Isabel II para que desahogára en él sus tumultuosas iras.

Ya se habian reunido en la Casa de la Villa los principales corifeos revolucionarios y otras muchas personas que aspiraban á figurar en primera línea, y se ocupaban en la constitucion de una Junta provisional. El señor Madoz se presentó á la reunion, y depositó en ella el mandato que del anterior Gobierno habia recibido, siendo confirmado en el cargo del Gobernador civil. En cuanto al general Jovellar, considerando que las circunstancias exigian que apareciese en aquellos momentos

al frente de las armas un hombre de gran prestigio y simpático á la multitud, acudió con otras personas á casa del general Ros de Olano, para obligarle á aceptar la Capitanía general de Madrid ; cargo que este señor admitió con aplauso del pueblo y satisfaccion del vecindario pacífico.

Mientras en la Casa de la Villa se constituía la Junta revolucionaria interina, compuesta en su mayoría de los hombres que más habian trabajado para llegar á la nueva situacion, y en la cual se dió ámplia cabida al elemento democrático, en el Ministerio de la Gobernacion se formaba tumultuariamente otra junta rival de la primera. Los afiliados en el club de los *Amigos del pueblo* y otras asociaciones análogas habian arrojado á la calle desde muy temprano sus masas armadas: parte de aquellas masas habian ido á las prisiones militares de San Francisco, y puesto en libertad á las presos políticos, entre quienes se hallaba el coronel D. Amable Escalante; y volviendo con ellos en triunfo á la Puerta del Sol, asaltaron el edificio del Ministerio, derribando una puerta lateral, y enarbolaron en los balcones sus banderas de color negro y rojo. Allí, en medio del tumulto y de frenéticas aclamaciones, ciñeron á Escalante una faja de general, y le nombraron presidente de la Junta, que se constituyó en el acto.

Pero esta nueva Junta era un peligro para la revolucion naciente, y podia dar origen á gravísimos conflictos, que fueron conjurados mediante los esfuerzos de don Juan Moreno Benitez, quien consiguió de Escalante la fusion de las dos juntas en una, excluyendo bastantes nombres para que no fuese demasiado numerosa, y quedando como presidentes de ella, además del Gobernador civil, Madoz, los señores D. Nicolás María Rivero y el mismo Escalante.

El primer acto oficial de esta Junta decia así:

„La Junta revolucionaria provisional de Madrid se asocia por unanimidad al grito uniforme del pueblo, que ha proclamado:

„La Soberanía de la Nacion;

„La destitucion de D.^a Isabel de Borbon del trono de España;

„La incapacidad de todos los Borbones para ocuparle.”

Al mismo tiempo se comunicaba á las juntas revolucionarias de todas las capitales de provincia un telégrama que decia:

„El pueblo de Madrid acaba de dar el grito santo de *libertad* y *abajo los Borbones*; y el ejército, sin excepcion de un solo hombre, fraterniza en todas partes con él.”— El júbilo y la confianza son universales. Una Junta provisional, salida del seno de

la revolucion y compuesta de los tres elementos de ella ¹, acaba de acordar el armamento de la Milicia nacional voluntaria, y la eleccion de otra Junta definitiva por medio del sufragio universal, que quedará constituida mañana. ¡Españoles! secundad todos el grito de la que fué corte de los Borbones, y de hoy más será el santuario de la Libertad.,

Tambien el general Ros de Olano, en circular telegráfica y bajo el epígrafe de *Gobierno provisional*, participó á todas las autoridades militares de la Península el pronunciamiento de Madrid, diciéndoles que se habia efectuado con gran entusiasmo, sin derramamiento de sangre, y unidos pueblo y ejército al grito de viva la libertad y la soberanía nacional.

A la una de la tarde presentaba Madrid el formidable aspecto de un pueblo numeroso entregado á sí mismo y poseido de una agitacion frenética: por todas partes circulaban las turbas tumultuosas dando vivas y mueras, y derribando las coronas reales de los sitios públicos y de los establecimientos particulares al grito atronador de *¡Abajo los Borbones* ²! Algunas mujeres de mala vida, mezcladas entre la multitud, ostentaban, en la punta de largos palos cabezas humanas de carton ó de madera, profiriendo soeces amenazas de muerte y exterminio. Felizmente, como nadie oponia la menor resistencia á estas expansiones populares, no hubo por de pronto que lamentar ninguna desgracia.

Todavía en aquellas horas no funcionaba con regularidad la Junta revolucionaria; todavía estaban constituidas separadamente las dos juntas rivales, amenazando con su antagonismo producir sérios conflictos á la capital, cuando aparecieron en las esquinas de las calles más céntricas unos pasquines manuscritos, que decian: "*Pueblo, acude por armas al Parque de San Gil, cuyas puertas están abiertas.*," Esta

¹ Hé aquí los nombres de las personas que componian esta Junta provisional:—Pascual Madoz.—Nicolás María Rivero.—Amable Escalante.—Juan Lorenzana.—Fernando de los Rios Portilla.—Estanislao Figueras.—Laureano Figuerola.—José María Carrascon.—Marqués de la Vega de Armijo.—Mariano Azara.—Vicente Rodriguez.—Félix de Pereda.—José Cristóbal Sorri.—Manuel García y García.—Juan Moreno Benitez.—Mariano Vallejo.—Francisco Romero Robledo.—Antonio Vallés.—José de Olózaga.—Francisco Jimenez.—Ignacio Rojo Arias.—Ventura Paredes.—Eduardo Chao.—Ruperto Fernandez de las Cuevas.—Manuel Pallares.—Manuel Ortiz de Pinedo.—José Ramos.—Nicolás Calvo y Guayti.—José Abascal.—Manuel Merelo.—Adolfo Joarizti.—Francisco García Lopez.—Bernardo García.—Camilo Labrador.—Miguel Morayta.—Ricardo Muñiz.—Tomás Carretero.—Antonio Ramos Calderon.—Cárlos Navarro y Rodrigo.—Francisco Javier Carratalá.—Antonio María Orense.

Predominaban en la junta los elementos progresista y democrático, á pesar de que este último habia hecho muy poco ó nada para el triunfo inmediato de la revolucion.

² Cuando por todas partes resonaba este grito, y más en los parajes céntricos de Madrid, un muchacho ignorante, un fororero de los que pululan en la Puerta del Sol, sin saber lo que decia, gritaba tambien inocentemente: *¡ Abajo los bribones!* —Y en verdad, que nunca se pudo dar grito más acertado desde que hubo revoluciones en España.

imprudente excitacion, que se atribuyó á D. Amable Escalante, fué causa de un repugnante desórden y de una catástrofe. Millares de hombres y muchachos acudieron en tropel á la plaza de San Marcial en busca de las armas prometidas. Estaba en el cuartel de San Gil el general Buruaga con un tercio de Guardia civil, un batallon de Ingenieros y la escuela de tiro del Pardo, fuerzas suficientes para repe- ler la agresion del pueblo; pero en presencia de las circunstancias, aquel general consideró prudente reconcentrar las tropas en uno de los pabellones más apartados del Parque cerrando antes las puertas.

La multitud rompió las puertas; sus oleadas invadieron los patios, y empujándose unas á otras, penetraron en el Parque, donde á los gritos de *libertad* y *patria* comenzó un verdadero saqueo. Los que no habian podido entrar, por estar todo lle- no de gente, gritaban desde abajo pidiendo armas, y los que estaban dentro arro- jaban por las ventanas carabinas y fusiles, armados algunos con las bayonetas, que al caer sobre el apiñado gentío, causaron muchas heridas.

Veinte mil fusiles nuevos, diez y seis mil quinientas carabinas, unas novecientas tercerolas, mil doscientas lanzas, mil seiscientos machetes, mil ochocientos sables, cerca de mil ochocientas pistolas, un cajon de magníficos rewólvers y 44,800 car- tuchos desaparecieron, la mayor parte en manos de un populacho codicioso, que ora vendiendo á vil precio aquellas armas¹, ora destrozándolas, ocasionó á la na- cion una pérdida de veinticinco millones de reales.

Mientras las turbas saqueaban el Parque, y la multitud que habia en la plaza se apoderaba de las armas en medio del más espantoso desórden, sonó dentro una ter- rible detonacion, que hizo creer á muchos que las tropas hacian fuego. Era que la codicia de algunos paisanos les habia llevado á romper á hachazos un cajon cerra- do, creyendo que contenia rewólvers; pero aquel cajon estaba lleno de pólvora, y al chocar las hachas con los clavos, se desprendieron chispas produciendo la explo- sion. Algunos individuos quedaron allí mismo carbonizados, otros muertos ó gra- vemente heridos entre escombros, y el incendio, comunicándose instantáneamente al edificio, amenazaba con nuevas esplosiones y mayores desgracias.

Numerosísimas habrian sido las víctimas de aquel desastre á no ser por los es- fuerzos de D. Timoteo Alfaro, catedrático de la Universidad de Salamanca y miem- bro de una de las juntas de distrito de Madrid, que exponiendo su vida, con un

¹ Los rewólvers, que valian á 400 reales, se vendieron públicamente aquella tarde y el dia siguiente á 8 rs., á 4 y aun á 10 cuartos; las carabinas, á 8 y 10 reales; los fusiles, á 4 y 6 rs.

arrojo y abnegacion admirables, penetró hasta el interior de las piezas incendiadas, seguido de unos pocos paisanos honrados y guardias civiles, y con su ayuda logró sacar de allí los heridos, y abrir brecha para que salieran multitud de personas que habian quedado incomunicadas y expuestas á morir asfixiadas por el humo. A pesar de estos oportunos auxilios, ascendieron á más de ciento noventa los heridos, de los cuales fallecieron bastantes, aparte de cuatro muertos que se encontraron entre las ruinas. Durante la noche hubo otra explosion más violenta que la primera, no pudiéndose dominar el incendio hasta el dia siguiente.

Desde el momento en que el paisanaje se apoderó de las armas, Madrid presentó un aspecto sombrío y alarmante; pues por do quiera se veian hombres y muchachos provistos de carabinas ó fusiles de aguja, que no sabian manejar, dando gritos y disparando al aire sin objeto, pero causando involuntariamente graves heridas, y poniendo en consternacion al vecindario pacífico: algunos grupos de gente más audaz é intencionada comenzaron á cometer excesos, asaltando las tiendas donde se vendian armas, y llevándose los rewólvers y escopetas, atropellando y desarmando á los alabarderos, y asesinando á varios individuos que habian pertenecido á la policia.

Tambien el Palacio real fue invadido aquella tarde por la muchedumbre armada, que se entretuvo en recorrer y registrar todas las estancias y hasta los sitios más recónditos del vasto alcázar; pero como en lo que impropriamente se llama pueblo hay gente buena y mala, modelos de honradez y tipos de perversidad, hizo la suerte que allí los buenos estuvieran en mayoría; y aquellos hombres de aspecto fiero y miserable, sin más recursos para vivir que el triste jornal diario, al verse dueños absolutos de la mansion régia, solo pensaron en recoger toda la plata, todas las alhajas que encontraban, y en hacer un monton con estas riquezas para guardarlas, poniéndolas á disposicion de la Junta, y dando así un alto ejemplo de moralidad. Llegada la noche, se tomaron eficaces providencias para asegurar la tranquilidad del vecindario de Madrid, que se retiró temprano, quedando solo en las calles los paisanos armados, con los cuales se establecieron numerosas guardias y patrullas: no cesó, sin embargo, el tiroteo, efecto de la impericia ó del capricho de los que manejaban las armas. Aquella misma noche fué nombrado provisionalmente ministro de la Guerra el general Ros de Olano, y la Junta revolucionaria envió dos comisiones de su seno en busca de los generales Serrano y PRIM: la una marchó á Córdoba, la otra á Cartagena, donde se suponía que estaba el marqués de los Castillejos; pero este habia salido ya para Levante.

Amaneció por fin el día 30, y uno de los primeros cuidados de la Junta revolucionaria interina fué organizar las fuerzas populares, bajo la denominacion de *Voluntarios de la libertad*. No era posible proceder, en el breve plazo de veinticuatro horas, á la eleccion por sufragio universal de la Junta definitiva, por lo cual continuó aquella funcionando. Durante aquel día se levantaron en diferentes calles magníficos arcos triunfales, con variedad de banderas y rótulos, en que se aclamaba la libertad de cultos, la de enseñanza, la de asociacion y reunion, y se ostentaban otros muchos lemas, tomados del programa revolucionario publicado el día antes en hojas sueltas y periódicos, y que de mucho tiempo atrás se hallaba contenido en las declaraciones más ó menos públicas de las diferentes banderías democráticas. Estas y otras manifestaciones hechas, así en Madrid, como en varias capitales de provincia, daban desde luego al movimiento popular un carácter de radicalismo extremo, no muy conforme con las ideas y aspiraciones de los principales iniciadores de la revolucion.

VII.

Los telégramas enviados á provincias, desde las primeras horas de la mañana del 29 de Setiembre, por los miembros del *Club de los conjurados*, y los que más tarde fueron expedidos por los generales D. José de la Concha y Ros de Olano, así como tambien por la Junta provisional de Madrid, llevaron á todas partes, como era consiguiente, la agitacion revolucionaria, de tal modo que á las veinticuatro horas de haberse pronunciado la capital, era ya un hecho consumado el alzamiento de la nacion entera.

Las provincias del distrito de Castilla la Vieja, difícilmente contenidas por la energía del general Calonge, fueron de las primeras en conmoverse. Ya el movimiento de Béjar habia cundido por Salamanca y Leon. Santander, aparentemente tranquila desde el 24, volvió á levantarse sin esfuerzo ni oposicion alguna, reconstituyéndose la misma junta que antes habia funcionado. Búrgos se pronunció con su guarnicion, y simultáneamente lo hicieron otras poblaciones secundarias, extendiéndose rápido el alzamiento á Vitoria. El pueblo de Logroño, que habia visto reprimidas las tentativas hechas en varios puntos de la provincia, se lanzó tumultuosamente á las ca-

lles al anochecer del 29; y no encontrando resistencia, por haberse retirado al cuartel las autoridades con las tropas, desahogó sus iras asaltando las casas del brigadier Garbayo y del Gobernador civil, saqueándolas é incendiando los muebles. El Gobernador militar sufrió estos ultrajes, pudiendo castigarlos, por evitar la efusion de sangre, y solo cuando se hubo constituido una Junta, capituló con ella, y salió de Logroño con la guarnicion sin pronunciarse. Valladolid no se atrevió á moverse mientras estuvo allí el general Calonge.

Los distritos de Aragon, Cataluña y Valencia, fuertemente guarnecidos, infundian respeto á los revolucionarios. Sin embargo, las noticias y los emisarios en gran número llegados de Madrid pusieron pronto en combustion las capitales de aquellos distritos.

El general Gasset, que, desde que se dió el grito en Cádiz, venia luchando á brazo partido con la revolucion, habiéndola vencido en Alicante, en Alcoy, en Murcia y en las montañas, estaba resuelto á sostenerse hasta el último trance en Valencia, y no se desalentó ni aun por la pérdida de Cartagena: cuando en la mañana del 29 recibió el telégrama del presidente del Consejo de ministros, que le anunciaba la retirada del ejército de Andalucía, reunió en el acto á todos los jefes de la guarnicion, á fin de explorar sus voluntades; y hallándolos dispuestos á obedecerle y poseidos del mayor entusiasmo, les manifestó que él permanecería siempre fiel á la causa de la Reina, y que en el caso extremo de no poder conservar la tranquilidad en Valencia, se saldria con las tropas hácia Murviedro á esperar órdenes de la corte.

Pero entre tanto los acontecimientos se precipitaban con rapidez vertiginosa, y por los nuevos telégramas que iban llegando se convenció el general Gasset de que la situacion era insostenible. A las cuatro de la tarde sabia ya el triunfo de la revolucion en Madrid, y que Alicante habia vuelto á sublevarse. Valencia, sin embargo, permanecia sosegada, no obstante que el centro revolucionario de aquella ciudad tenia conocimiento de todo lo ocurrido en Alcolea y en la capital de la monarquía; pero esta calma no podia ser duradera.

En cuanto cerró la noche, oyéronse por todas partes los gritos de la muchedumbre, que, dando vivas y mueras, afluyó á las inmediaciones del palacio de la Capitanía general. El tumulto era espantoso, y crecia por momentos, amenazando las turbas invadir aquel edificio. Una comision del centro revolucionario se presentó al general Gasset pidiéndole que se adhiriese al movimiento y que las bandas militares saliesen á la calle tocando himnos patrióticos; pero el general contestó con firmeza,



Una escena de la revolucion de Setiembre.

que nunca se pronunciaría, ni consentiría que lo hiciesen las tropas de su mando.

Era inminente un conflicto: para evitarlo, acudieron al palacio el Arzobispo y otras personas importantes de Valencia, quienes rogaron con vivas instancias al Capitan general que abandonase la ciudad. Costó mucho decidir al Sr. Gasset á tomar esta resolucíon; pero al cabo tuvo que ceder á la fuerza de las circunstancias, y por evitar la efusion de sangre, resignó el mando á la Junta revolucionaria, encargándole que conservase la propiedad y el órden público, y salió de la Capitanía general, protegido por el Cónsul francés, que le llevó á su casa, y al dia siguiente le proporcionó pasaje en un vapor mercante para trasladarse á Marsella.

Casi á la misma hora que en Valencia estalló en Barcelona el movimiento revolucionario. El Conde de Cheste, que disponia en Cataluña de fuerzas sobradas para reprimir la revolucion, y que lo habria hecho á no conocer la inutilidad de empeñar el combate, recibió, como los demás capitanes generales, los partes del ministro de la Guerra y del general Ros de Olano. Entre cuatro y cinco de la tarde, vióse al Conde, acompañado de sus ayudantes, paseando sereno y tranquilo por la Rambla de Santa Mónica, y comunicando á cuantos podian oírle las gravísimas noticias contenidas en aquellos partes.

La conducta singular del Capitan general sorprendió á todo el mundo, pero particularmente á los individuos del comité secreto revolucionario, que no ignoraban, á aquellas horas, lo que habia pasado en Madrid. Algunos de ellos, que se encontraban en la Rambla, se acercaron al Conde haciéndole preguntas, á las que contestó confirmando las noticias que ya sabian, pero sin dar á conocer sus propósitos; y como viese que se agolpaba mucha gente, atraída y alentada por sus francas revelaciones, se retiró al inmediato fuerte de Atarazanas, de donde marchó luego con la misma tranquilidad á su palacio.

En cuanto anocheció se pusieron en conmocion las masas populares, y á poco empezaron á circular por las calles grupos de paisanos armados. La muchedumbre reunida en la plaza de la Constitucion invadió las Casas Consistoriales y la Diputacion provincial, y arrojando por los balcones con gran algazara los retratos de doña Isabel II y de Felipe V, les prendieron fuego en medio de la plaza. Escenas semejantes pasaban al mismo tiempo en el palacio del Obispo y en otros edificios públicos. Entre tanto se constituian en Junta revolucionaria interina una docena de individuos, algunos de ellos poco conocidos y otros que ni aun eran catalanes, cuyos nombres, leídos desde el balcon de la Casa de la ciudad, fueron aclamados por la multitud.